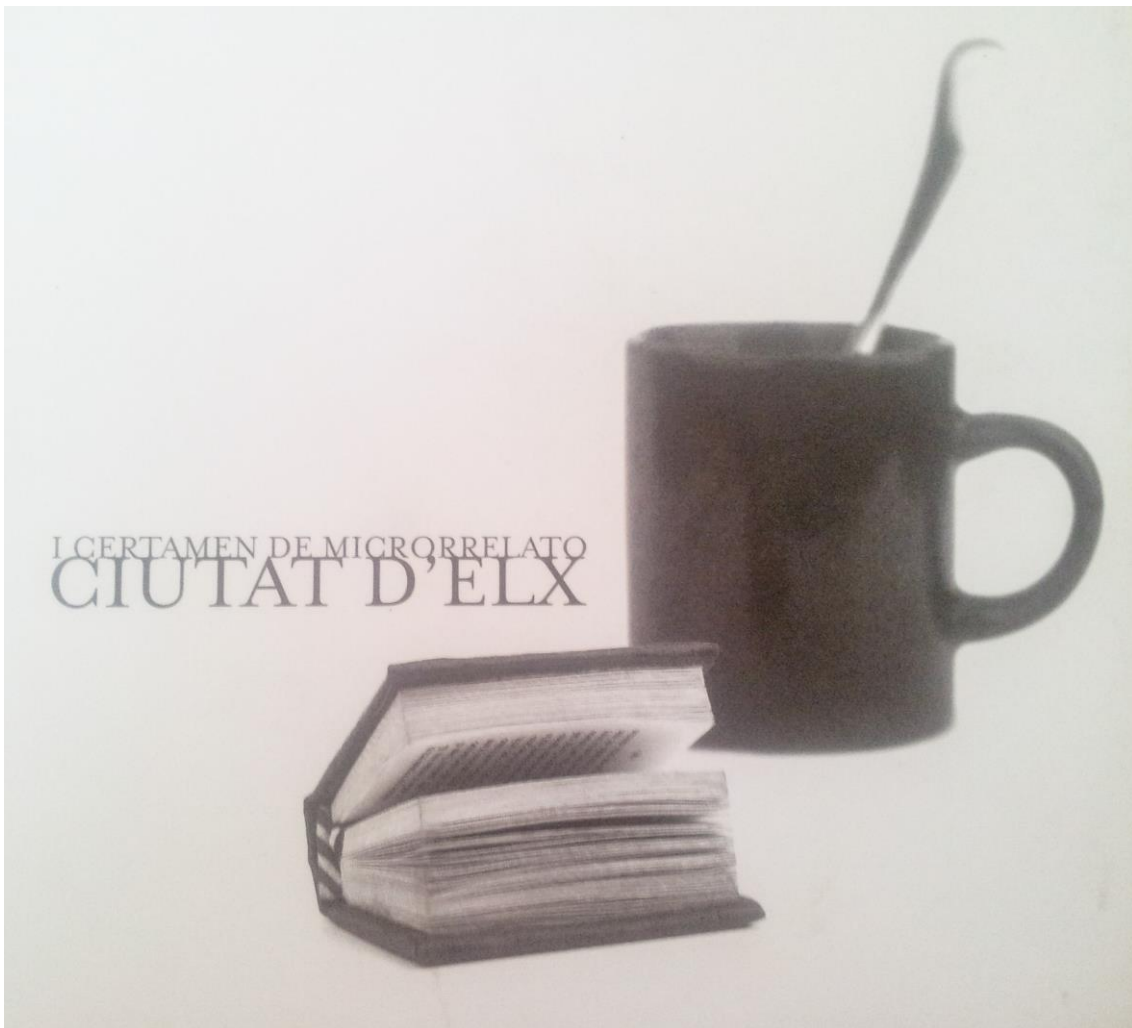


Rastro de una pipa

Nada más entrar en la casa supo que Ernesto había estado allí. El peculiar olor a tabaco de pipa impregnaba todo el ambiente. Era un olor áspero, desagradable y adictivo a la vez. Un olor persistente, fuerte, como un leve rastro de menta. Tabaco fresco del que fumaba cuando necesitaba concentrarse. Había olvidado aquel olor que un día llenó su casa. La sensación al abrir la puerta de su despacho y notar el golpe de humo. Encontrar hilos de tabaco en el salón, en la cocina, en el dormitorio; hasta en el cuarto de baño. Como los hilos que descubrió una tarde en la chaqueta de Alba. Habían quedado para tomar un café y estaban sentadas muy cerca la una de la otra. Entonces Lucía descubrió un hilito en la chaqueta de Alba y fue a quitárselo. Acercó la mano, y antes de tocarlo supo que era una hebra de la pipa de Ernesto. Aquella hebra fue la confirmación de algo que intuía desde hacía tiempo, y esa confirmación supuso en cierto modo un alivio.

Observó la cara de su amiga a través del hilo que se balanceaba entre sus dedos. En ese momento tomó la decisión de no preocuparse más por los retrasos de Ernesto, por sus excusas telefónicas a las diez de la noche ni por sus ataques de mal humor. Dejó un billete de cinco euros encima de la mesa, cogió su bolso y salió de la cafetería.

Ahora al entrar en casa de Alba lo recordó todo, y se alegró de haber acudido a la llamada de su amiga para comenzar la reconciliación. No porque tuviese interés en recuperar aquella amistad, sino porque quería confirmar que los había olvidado a los dos; y que cuando saliera de allí podría, por fin, tirar la pipa que Ernesto dejó olvidada cuando se fue.



Lidia Luna Rodríguez

Relato seleccionado y publicado en I Certamen de Microrrelato Ciutat D'Elx

(2005)